

Lee en silencio este texto. Cuando acabes, dí "ya".  
Después lo leerás en voz alta.

## ¡OLOR A MAMÁ!

Era una noche oscura y tenebrosa. El viento soplaba con tal fuerza que doblaba la copa de los árboles.

La casa estaba en silencio, pues casi todos dormían. Alejados de las miradas curiosas, aquella noche nacieron Bigotis y sus seis hermanos. Lo hicieron en el hueco que había entre el cielo raso y el tejado. Por suerte para ellos, solo su madre se enteró de que los pequeños ratones habían nacido.

Con paciencia y cariño, la madre los limpió uno por uno. Mientras, les contaba un cuento que ella misma se había inventado. Lo hacía a media voz, suave como una caricia. Prolongaba las letras de algunas palabras, remarcaba otras y hacía silencios cuando tocaba.

La madre no dejaba de mirar a sus crías. Observaba sus dedos, sus uñas, los pliegues de su piel... "¡Qué guapos!", decía con orgullo.

Los recién nacidos parecían exactamente iguales. Tenían el mismo tamaño, el mismo color, la misma forma... Sin embargo, al llegar el turno de Bigotis, la madre pensó: "Este no es como los demás. Es diferente a sus hermanos". No atinaba a comprender en qué se diferenciaba de los otros, pero algo la advertía de que aquel era un ratón especial.

En efecto, con el pasar de los días, resultaba evidente que Bigotis era un caso a parte. Pronto dio muestras de ser muy espabilado. Antes de abrir los ojos aprendió a reconocer a su madre por el olor, por el ruido que hacían sus patas al rozar la madera del suelo. Poco le costó comprender que pegado a su barriga el frío desaparecía, entonces se acurrucaba todo cuanto podía... aspiraba hondo, para llenar sus pulmones con el olor a mamá.